

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS  
SOCIALES  
FLACSO – ECUADOR**

**MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN CON MENCIÓN EN  
OPINIÓN PÚBLICA  
CONVOCATORIA 2010 – 2012**

***“LA REIFICACIÓN Y EL SUJETO SEDUCIBLE”***

**SANTIAGO DANIEL AULESTIA VARGAS**

**ENERO DE 2011**



## **INTRODUCCIÓN:**

### **i**

El presente trabajo pretende sustentar, teóricamente, cómo la dinámica social contemporánea se encuentra marcada por la deshumanización total de las relaciones humanas, a partir de la categoría de “reificación” propuesta por Axel Honneth. (Honneth, 2005).

Cabe resaltar que dicha categoría también se ubica en la palestra intelectual occidental actual como un sinónimo de “cosificación”, término introducido por Christoph Demmerling, en 1994. (Sierra, 2007).

Siguiendo este primer punto, de igual manera se desea realizar una descripción de las nuevas significaciones que han adquirido los objetos que integran el mundo material, cuyos nuevos sentidos, otorgados por los sujetos, dependen en gran manera del sistema capitalista que rige nuestras sociedades. (Sierra, 2007).

No obstante se cree necesario aclarar que dentro del mundo occidental, la “reificación” o “cosificación” se la experimenta, vive o sufre (desde una posición subjetiva) en niveles diferentes siendo, aparentemente, los diversos contextos ubicados dentro de los países llamados centrales o del primer mundo, los más involucrados.

### **ii**

Asimismo, este trabajo también basa su razón de ser en la propuesta teórica de Adorno y Horkheimer, específicamente en la que hacen en su ‘Dialéctica del Iluminismo’, concretamente en el Excurso II de dicha obra, donde se aborda la problemática de la moral y su rol social que, aplicado a la dinámica diaria de los sujetos congregados en un contexto determinado, fortalece la categoría de “reificación”. (Honneth, 2005).

A esta mirada teórica, de por sí considerada reveladora del espíritu de la sociedad occidental contemporánea, que está matizada por su post-industrialismo y su tecnologización, se la pretende nutrir con ciertos aportes que Max Weber realiza en su obra ‘La ética protestante y el espíritu del capitalismo’.

Se considera que esta vinculación es obligatoria, sobre todo si deseamos entender al sujeto en sociedad.

Una vez hecho el intento de comprender al Hombre moderno determinado por un sistema económico dominante y de carácter expansivo, nos enfocaremos en el psicoanálisis de Sigmund Freud, concretamente en su obra ‘El malestar en la cultura’, donde el autor propone una descripción del Hombre interno. La finalidad es entender si la “reificación” se fortalece o no por la dinámica del sistema dominante; o si también lo hace por motivaciones internas, difíciles de comprender a primera vista y que para revelarnos se hace necesario un viaje al interior del Ser.

## I

### **LAS IMPLICANCIAS DEL NO RECONOCIMIENTO**

Son evidentes las múltiples actitudes que caracterizan a los seres humanos que se relacionan en sociedad. Aquellas prácticas que implican el contacto frecuente entre individuos son adquiridas mediante un proceso que inicia en la infancia y se manifiesta en el lenguaje. (Honneth, 2005).

Para explicar la categoría de reificación, Axel Honneth aborda como preámbulo, lo anteriormente descrito, pues para aquel teórico “la conducta humana reside en la actitud comunicativa de adopción de perspectiva (...)”. (Honneth, 2005: 61).

Dicha postura la sustenta en los estudios de la psicología evolutiva y en “los estudios de la socialización”. (Honneth, 2005: 62).

En tal virtud, el autor es enfático en citar “que el surgimiento de las capacidades infantiles de pensar e interactuar debe ser concebido como un proceso que se efectúa mediante el mecanismo de adopción de perspectiva”. (Honneth, 2005: 62).

Entendemos, entonces, que la lengua al ser un sistema de reglas que se conciben arbitrariamente y que tiene carácter social; y que el habla, que se refiere a lo concreto y que es de carácter individual (De Saussure, 1992), se adquieren mediante interacción social constante: la primera se lo hace de manera inconsciente; y la segunda de manera consciente y paulatinamente.

Desde dicha perspectiva creemos que también se puede corroborar lo que Axel Honneth llama “reconocimiento” al referirse a la relación entre un sujeto y otro.

Incluso los parámetros afectivos resultan indispensables para dicho cometido:

“Hobson y Tomasello sostienen que el niño no podría ejecutar todos estos pasos de aprendizaje interactivo si no hubiera desarrollado antes un sentimiento de unión con la persona de referencia, puesto que sólo una identificación previa tal le permite dejarse conmover, llevar o motivar por la presencia del otro concreto de modo de poder seguir con interés los cambios de actitud de éste.” (Honneth, 2005: 67).

Se puede señalar, entonces, que no solo el lenguaje es lo que le permite a los sujetos establecer un reconocimiento del otro o de su entorno, sino también que los procesos afectivos que a ellos les delatan resultan indispensables para determinar los niveles de comprensión de la realidad.

“(…) el hecho de que el niño alcanza una comprensión objetiva de la realidad desde la perspectiva de la persona de referencia amada dice al mismo tiempo sobre nuestro conocimiento que éste es tanto más adecuado o preciso, cuantas más perspectivas sobre un objeto de la percepción logramos aprehender.” (Honneth, 2005: 71).

Ahora bien, si la lengua es un sistema inscrito en lo social y el habla se ejecuta en lo individual, se puede deducir que en ellas se muestra la dinámica de la sociedad en la que viven, aunque desde este punto de vista las afectividades no podrían considerarse como esenciales para una mejor aprehensión de la realidad, pero si pueden ser determinadas por el sistema que gobierna los comportamientos humanos.

Así, el lenguaje es la aptitud principal que el sujeto desarrolla desde la infancia y su ejecución mediante la aplicación inconsciente de las reglas a través del habla, le permite aproximarse a sus semejantes.

Este es el reconocimiento del que habla Honneth y que resulta indispensable para acercarse al otro. No obstante puede resultar necesario el señalar que los niveles de aprehensión de un sujeto, por parte de otro, son directamente proporcionales al grado de afectividad que ha generado: puede decirse que mientras mayor afectividad, mayor reconocimiento y mientras mayor reconocimiento mayor afectividad; o mientras menor afectividad menor reconocimiento ó mientras menor reconocimiento menor efectividad.

Se aclara que esto no puede considerarse como ley tomando en cuenta el cúmulo de motivaciones y voluntades que atraviesan a un individuo.

“(…) en los casos de un reconocimiento vivenciado negativamente en los sentimientos siempre está presente a sensación de que no se le está haciendo justicia al otro en su personalidad y, en este caso, se estaría frente al momento de la postura de reconocimiento llamado tradicionalmente “conciencia”. (…) la actitud de reconocimiento aquí mencionada representa una forma muy elemental de la confirmación intersubjetiva, que no incluye aún la percepción de un valor determinado de la otra persona: (…) el reconocimiento mutuo implica ya la aprobación de cualidades específicas del otro.” (Honneth, 2005: 81).

Ahora bien, ¿dónde se ubica a la categoría de “reificación”? Esta aparece en la anulación del reconocimiento de un sujeto hacia otro; y también, precisamente, cuando exteriorizamos actitudes distintas frente al mundo material.

En tal virtud, Honneth retoma a Lukács para definir “reificación” a la que la explica como “una clase de hábito de pensamiento, de perspectiva habitual petrificada, en virtud de cuya adopción los hombres pierden su capacidad de implicarse con interés en las personas y en los sucesos (…)”. (Honneth, 2005: 84). Se estima que dicho interés del que habla Honneth, desde Lukács, puede ser obligatoriamente de orden ontológico. De esta forma se aborda esta problemática como un fenómeno de doble significación: “la “reificación” es entonces tanto un proceso como un resultado”. (Honneth, 2005: 85). Pero, ¿cómo ocurre esa pérdida de interés por los semejantes?, ¿cómo se trastornan las afectividades humanas y por qué son redireccionadas?

## II

### **REIFICACIÓN: ¿UN PROCESO INMINENTE?**

En Occidente, donde prima el capitalismo de consumo, los sujetos se han visto avocados a seguir un patrón de vida que es determinado por el trabajo, la producción y la venta de mercancías principalmente.

El sujeto se ve obligado a cumplir un determinado rol dentro del contexto social donde se desenvuelve, y a dirigir su mirada hacia un estilo de vida que le exige nuevos valores establecidos por la tecnificación de la industria, la producción en masa y el consumo indiscriminado.

Términos como competitividad denotan un cambio en la condición del ser quien, a su vez, redefine la visión de sí mismo y del otro. Creemos que bajo el amparo del sistema dominante, él es quien se encarga de modificar sus propias afectividades después de adquirir motivaciones de orden inconsciente.

La idea de dar un valor de uso a los sujetos ya fue instituida por Karl Marx. (Marx, 1969). Consideramos que, en cierta medida, podemos asociarlo con lo que Honneth llama “proceso de reificación” (Honneth, 2005).

Ese otorgamiento de valor a las personas denota otra característica: la instrumental. Por esta razón, el ser instrumentalizado es visto como objeto útil a intereses individuales, donde el grado de afectividad adquirido para el reconocimiento del otro, se ve empañado por el interés y difiere del campo ontológico del que creemos habló Luckács. Pero esto no es todo. El estilo de vida establecido, además sugiere dar valor a las actividades que emprenden los sujetos, como el trabajo y por ende a valorizar lo que con aquello se alcanza: los bienes materiales.

Así, aquí se sugiere que se implanta una nueva moral que insta a dar valor a las cosas, como una normativa de orden dogmático y que encuentra asidero no solo en el ámbito económico, sino también religioso.

Asimismo, el fin del trabajo, es decir la consecución de un estado de bienestar marcado por los bienes adquiridos, se constituye en una especie de gran sueño a ser alcanzado por todos. Esto, además, le otorga sentido a la vida, cuya falta se instituye como uno de los principales males del hombre que no han podido ser enfrentados.

Sin embargo, Max Weber apunta que el impulso a acumular bienes o capital monetario “son cosas que nada tienen que ver con el capitalismo” (Weber, 1994: 8).

“El capitalismo debería considerarse precisamente como el freno o, por lo menos, como la moderación racional de este impulso irracional lucrativo.”. (Weber, 1994: 9).

Y esto Weber lo asevera pues considera que el proceso racional característico del capitalismo justifica la obtención de ganancias y que el problema está en el origen “del capitalismo industrial burgués con su organización racional del trabajo libre”. (Weber, 1994: 15).

Precisamente se refiere a los valores dogmáticos, de índole religiosa, que se expresan en el trabajo libre. Al ser dichos valores considerados divinos, el sujeto ratifica el carácter místico de su comportamiento en el que, además, no solo cumple con su Dios, sino que de paso puede considerarse absuelto de sus pecados.

Así, valores como la puntualidad, la honestidad, la entrega o la entereza para llevar a cabo un determinado rol garantiza la permanencia del capitalismo en detrimento del sujeto que, lógicamente, se desvanece paulatinamente para sí mismo y para sus semejantes en el transcurso de la historia. Quizás esté esperanzado en un galardón final, después de los tiempos, pero si aquello no es certeza, lo que acumule sí lo será, en el mundo material, más no en el incierto paraíso, aunque lo efímero de lo acumulado sea su más trascendental característica, pero su relevancia ante el sujeto será enorme, pues es el fruto de su trabajo y de su esfuerzo y también es el premio a su constancia.

Cabe señalar que la ciencia luego se convierte en la doctrina o el dogma esencial que pretende reemplazar cualquier intento metafísico del sujeto por hallar y mantener el sentido a su vida. Nos referimos a la racionalidad capitalista que además ostenta su propia moral en la que la supremacía de los datos les vuelve insignificante a las personas y otorga extrema relevancia a las instituciones.

Ante esto Horkheimer y Adorno advirtieron hace más de medio siglo sobre cómo la moral científica anula al sujeto a través de la supremacía de los datos, cuyos antecedentes se empezaron a vislumbrar desde la Ilustración.

“La ciencia se relaciona en general con la naturaleza y con los hombres de forma no distinta de cómo en particular la ciencia de los seguros con la vida y la muerte. Es indiferente quién muera; lo que cuenta es la relación de los casos con las obligaciones de la compañía. Es la ley de los grandes números, y no el caso singular, lo que se repite en la fórmula. (...) Las doctrinas morales de la Ilustración ponen de manifiesto el desesperado afán de encontrar, en sustitución de la religión debilitada, una razón intelectual para sostenerse en la sociedad cuando el interés falla.” (Horkheimer, Adorno, 1987: 96).

Resulta, entonces, que tanto la organización racional del trabajo libre inspirada en preceptos religiosos (Weber, 1994), como la práctica de la racionalidad como fiel reemplazante de los sistemas dogmáticos, instrumentalizan al sujeto.

Esto muestra que en las sociedades occidentales los procesos de “reificación” aparentemente son inminentes.

Así, desde la Juliette de Sade hasta la dama de compañía que se anuncia en páginas de Internet y que se aprecia como buena mercancía se sitúa un proceso de “reificación” gestado y maduro. Es que si no existiera esa condición, la lucha por alcanzar los fines subjetivos del sujeto, desde su propio esfuerzo que es recompensado, no tendrían asidero. Pero la condición existe y para justificarla se cuenta de una moral racional que fataliza la condición del ser como un condenado al sufrimiento por un mismo Dios que le exigió desde su creación romper su lomo para comer.

Aquella moral refleja una realidad del sujeto, de carácter natural y que en su esfuerzo por contradecirla logra racionalizarse a sí mismo y da cuenta de su propio desencanto.

“Los hombres solo experimentan el encanto del placer cuando el sueño los arranca de la obligación del trabajo, de la atadura del individuo a una determinada función social y, finalmente, a un yo, y los reconduce a la prehistoria libre de dominio y de disciplina. La nostalgia de quien se halla prisionero de la civilización, “la desesperación objetiva” de aquellos que tuvieron que convertirse en un elemento del orden social, era lo que alimentaba su pasión por los dioses y los demonios, a los que se dirigían en adoración como naturaleza transfigurada. El pensamiento nació en el curso de la liberación de la temible naturaleza, que al final fue enteramente sojuzgada. El placer es, por así decirlo, su venganza. En el los hombres se liberan del pensamiento, escapan de la civilización.” (Horkheimer, Adorno, 1987: 117).

Aquí se establece la crisis afectiva. En Honneth son fundamentales los afectos para apropiarse de la lengua y así acercarse al otro para su reconocimiento y aceptación. Sin embargo, en Horkheimer y Adorno, los afectos son transmutados debido a la industrialización de la vida. (Horkheimer, Adorno, 1987).

Si se transmutan los afectos, quizás el aprendizaje de la lengua o la aprehensión de la realidad o la adquisición de conocimientos que se enmarca dentro de la psicología evolutiva que Honneth hace referencia para hablar de reificación, no se vea afectada, pero si se afectan los sujetos por esta moral instrumentalista.

“Bajo la gran industria, el amor es anulado. La disolución de la propiedad media, el ocaso del sujeto económico independiente, afectan a la familia: ésta ya no es la en otro tiempo famosa célula de la sociedad porque no constituye ya la base de la

existencia económica del burgués. Los hijos ya no tienen a la familia como horizonte de su vida; la independencia del padre desaparece, y con ella la resistencia contra su autoridad. (...). Al abrirse para la joven la perspectiva del trabajo, se le cierra la del amor.” (Horkheimer, Adorno, 1987: 119).

Así, aparentemente el panorama desalentador de la sociedad occidental que describen Horkheimer y Adorno, es el que exige al sujeto reificarse a sí mismo y reificar a sus semejantes en deterioro de las afectividades. Y es que dicho panorama se ve matizado por la extrema racionalidad del sistema de vida que matiza a Occidente, aunque cabe señalar que la misma racionalidad ha facilitado la vida del hombre y ha garantizado, prácticamente, su gobierno sobre la naturaleza y el triunfo del hombre ante aspectos que, en otrora, eran atribuidos a males enviados por los dioses disgustados que habitaban reinos inalcanzables.

De esta manera surge una nueva pregunta: ¿qué acontece con el ser que tácitamente se nos muestra inconforme?

### III

#### **EL SER SEDUCIBLE:**

“El hombre suele aplicar cánones falsos en sus apreciaciones, pues mientras anhela para sí y admira en los demás el poderío, el éxito y la riqueza, menosprecia, en cambio, los valores genuinos que la vida ofrece” (Freud, 2000: 7). Desde esta mirada se puede atribuir la responsabilidad de toda la problemática al ser humano o al “sentimiento oceánico” (Freud, 2000) que en él persiste.

Freud introduce la categoría de “principio de placer”. El yo, que es uno de los componentes del ser, busca placer, y el placer está ligado a los objetos. De igual forma, las angustias tienen origen en el interior del ser, concretamente en el yo que, además, posee la sensación de infinitud y pertenencia al todo. (Freud, 2000).

En tal virtud, “un sentimiento puede ser una fuente de energía si a su vez es expresión de una necesidad imperiosa” (Freud, 2000: 16). Para nuestro concepto aquello es la clave que revela una particularidad poderosa del ser, que también es su debilidad: su tendencia a ser seducido.

Desde esta mirada se explica cómo en el capitalismo de consumo se crean nuevas necesidades y motivaciones que insten al sujeto a satisfacerlas.

Cabe señalar el carácter emotivo que el individuo puede llegar a dar a un objeto de su predilección, frente al sentimiento de rechazo que éste puede generar frente a otro congénere y que puede manifestarse como indiferencia, donde se anula conscientemente la existencia del otro; o lo que es común, lo mira como rival, enemigo, u herramienta. Esto se deduce desde una perspectiva dramática de la condición del ser.

Entonces se concluye que la categoría “reificación” que propone Honneth puede originarse, reproducirse y sustentarse, tanto en la racionalidad del capitalismo de consumo, -con sus patrones y estilos de vida que trascienden la finalidad habitual que es la acumulación de riquezas o bienes- así como en un plano espiritual avalado por un dogma y una moral que justifica un comportamiento natural que el hombre intenta reconocer.

Desde Weber, la normativa protestante forja al sujeto que será útil al capitalismo, a su evolución y a su permanencia. Desde Freud, el ser humano se acerca a las creencias porque: “Decididamente, sólo la religión puede responder al interrogante sobre la finalidad de la vida. No estaremos errados al concluir que la idea de adjudicar un objeto a la vida humana no puede existir sino en función de un sistema religioso.” (Freud, 2000: 20). De esta manera se podría concluir que dentro de la dinámica social, el sentido de nuestras vidas depende del rol que este cumpla y que dicho papel puede considerarse un mandato divino o enmarcarse en un plan anterior a su propia existencia. Dentro de esta dinámica se inscribe el proceso de reificación (Honneth, 2005) que es considerado como “aquel proceso por el cual la perspectiva participativa original es neutralizada de tal manera que acaba favoreciendo la finalidad del pensar objetivador.” (Honneth, 2005: 86)

Creemos que la “reificación” puede considerarse como un proceso admisible e inconsciente dentro de esta lógica, pues los sujetos que se inscriben en un sistema religioso verán en el capitalismo el único estamento que posibilite la puesta en **práctica** de sus preceptos y, lógicamente, ostentarán los resultados materializados gracias al trabajo. Pero también es necesario considerar que la racionalidad reemplaza los

dogmas, pero su aplicación ha acelerado el proceso de reificación que Honneth también lo cataloga como un “resultado” (Honneth, 2005).

Es imperante aclarar que la postura economicista brinda una mirada general del estadio donde se produce este proceso y que, desde el psicoanálisis, es el individuo el protagonista que avala determinados comportamientos para que el “proceso de reificación” se establezca, se ejecute y sistematice. No obstante se torna necesario regresar a Honneth, para intentar explicar los diferentes tipos de “procesos de reificación”.

El primero es el que avala la moral del sistema y que tiene que ver con valores como el de la competitividad:

“Uno es el caso en el que en la ejecución de una praxis perseguimos tan enérgica y unilateralmente un solo propósito asociado con ella que perdemos la atención para todos los otros motivos, quizá más originales. Un ejemplo tomado de manera arbitraria podría ser el jugador de tenis, quien, debido a la concentración y a la ambición de ganar, pierde la capacidad de sentir que el contrincante es su mejor amigo, y que fue por él que comenzó a jugar el partido. La desvinculación de un propósito respecto de su contexto de origen –caso que tratamos aquí– representa, a mi entender, uno de los modelos según los cuales podemos explicarnos el proceso de reificación: se pierde la atención hacia el hecho de un reconocimiento previo porque en la praxis el propósito de la observación y del conocimiento del entorno se desvincula de tal forma que relega completamente a un segundo plano todas las otras circunstancias situacionales.” (Honneth, 2005: 96 – 97).

El segundo caso es cuando “una serie de esquemas de pensamiento que influyen en nuestra praxis llevándonos a realizar una interpretación selectiva de los hechos sociales pueden concretamente reducir en gran medida la atención hacia los datos significativos” (Honneth, 2005: 97).

Esto nos remite a la cotidianidad, cuando los prejuicios limitan la capacidad del individuo de aproximarse a otro. Esta situación, a primera vista, parece difícil de ser evitada, aunque ampliando nuestras percepciones, aceptando al otro como tal y estimando “los valores genuinos que la vida ofrece” (Freud, 2000: 7) se podría contrarrestar los efectos de la “reificación”.

## IV

### CONCLUSIONES:

- La reificación se produce cuando el sujeto anula el reconocimiento del otro.
- El no reconocimiento del otro puede suscitarse al sobreponer intereses particulares por sobre el sujeto.
- Los esquemas mentales determinan el grado de reconocimiento que un individuo puede hacer sobre el otro.
- Los intereses particulares, así como los esquemas mentales se fortalecen en una dinámica social que es avalada por una moral propia.
- Esa moral es enriquecida por valores dogmáticos o racionales.
- Los valores religiosos que avalan ciertos comportamientos pueden verse como prácticas naturales al ser determinadas por una divinidad. Esto toma fuerza por el sentimiento oceánico del sujeto que busca en la religión un sentido a la vida y, por ende podría estimar que el desconocimiento al otro es parte de dicho cometido, es decir que la anulación del otro otorga sentido a la vida.
- La racionalidad también puede considerarse como el nuevo dogma de las sociedades occidentales. Cuantificar las relaciones humanas y verlas como enmarcadas en procesos destinados a un fin instrumentalizan a los sujetos, desconociendo así la condición humana de un sujeto.
- El sujeto busca placer y reprimir sus sufrimientos. Para el efecto establece vínculos con los objetos, que pueden ser obtenidos gracias a su trabajo. El valor que los otorga es directamente proporcional al grado de esfuerzo que ha hecho para conseguirlos. Este hecho también se enmarca en la relación esfuerzo – recompensa.
- La condición del ser es la que avala los preceptos religiosos o racionales que determinan la dinámica de las sociedades occidentales.
- Sin embargo, el retorno al sujeto, es decir a su reconocimiento y a los valores que este genera con respecto a la vida, podrían, por deducción, contrarrestar los procesos de reificación.

## BIBLIOGRAFÍA

- De Saussure, Ferdinand, 1992, *Curso de lingüística general*, Madrid, Alianza Editorial, S. A.
- Freud, Sigmund, 2000, *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza Editorial, S. A.
- Honneth, Axel, 2005, *Reificación*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, pp. 61 – 148.
- Horkheimer, Max, Adorno, Theodor, 1971, *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Editorial Sur, S. A., pp. 94 – 131.
- Marx, Karl, 1969, *El Capital*, Berlín, Dietz Verlag, pp.3 – 102.
- Sierra, Wladimir, 2007, *Cosificación, avatares de una categoría crítica*, ensayo.
- Weber, Max, 1994, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Ediciones Península, pp. 5 – 22.